

Luis Ernesto Valadez

Nacido en 1987 en La Paz, Sudcalifornia, México. Es licenciado en Filosofía, se dedica a la docencia en el área de humanidades a nivel bachillerato. Traduce y escribe poemas. Actualmente está terminando *CAPUT*, su primer libro, e investiga en la danza, el clown y el performance.

JAQUE

Fue la primera vez que la vi. Estaba sentada entre dos carromatos abandonados de un circo que se incendiara días antes. No recuerdo qué edad tenía. Ella parecía un poco mayor. Debíamos andar entre los seis y los ocho. Tampoco recuerdo hacia dónde me dirigía.

Su brazo izquierdo cruzado sobre el vientre. La mano derecha sostiene el mentón. Medita su próximo movimiento, en el tablero quedan todavía algunas piezas. Frente a ella, una langosta observa despreocupada desde otro asiento. A un costado de ambos, en atento arbitraje, hay un enorme buitre albino.

Su mano cruza su cara hasta un mechón que le estorba y lo coloca detrás de su oreja. Inmediatamente después, se posa insegura sobre un alfil negro, mientras el viento arrastra por todas partes jirones del mismo color. Toma la pieza y dice 'jaque' con una voz dulcísima. Justo en ese momento doy un paso adelante. El buitre despierta de su inmovilidad, extiende por completo sus alas como una temible gárgola que cobrase vida. Las piezas caen al suelo. Estoy tan rígido como cualquiera de ellas y siento unas ganas súbitas de orinar. La langosta es la única que no parece inmutarse. Después de unos segundos interminables, ella mueve sin mirar a su contrincante, clavando sus ojos negros en los míos como alfileres. Al soltar la pieza de entre sus dedos siento como si una intensa presión en mi cabeza desapareciera. En mi rostro, como una grieta, se abre una pequeña sonrisa. Ella me sonrío de vuelta, sin parpadear una sola vez. La langosta sigue sin percatarse de nada. El buitre recoge sus alas con cierta indulgencia. El viento corre, el sol brilla y un calor me escurre piernas abajo como un alivio. Eso es todo lo que puedo recordar. **¶**

VIGILANCIA

Retira del microondas el tupperware y saca batallosamente una vértebra escurridiza. No repara en el rastro de grasa que va dejando mientras se acerca a la ventana de la garita. Es un mediodía infernal de agosto, como ayer, como mañana. El sol sisea de gusto quemándolo todo. Ocurre lento. A lo lejos una vieja vaca atraviesa el descampado. Es tan escuálida, que pareciera que se hubiese tragado entera una bicicleta. Avanza unos metros más. En la superficie del mundo una dificultad punza con insistencia. Él chupa de entre sus muñones el tuétano recalentado. En el último sorbo, el animal cae sobre su sombra y se hace polvo amarillento. Catorce años después, él todavía se masturba con una de sus manos fantasma. **¶**

THE UNRESOLVED

Sostiene en su mano un omóplato a escala y el húmero ensamblado a éste. Con la otra escribe despacio en un cuaderno diminuto. Levanta la cabeza para atender a la pregunta que le hace la maestra. Nadie escucha de qué se trata, pero el chico responde a quemarropa con la palabra "batman". Se hace un breve, aunque profundo silencio. Los demás tememos romperlo con nuestra escandalosa sangre. Ella le responde cordial, pero con un dejo de reproche. Dice algo que al principio no se entiende muy bien. "*...intenta ascondir que no hai nada que dizer, ¿me comprende?*". Unos fingen asintiendo con la cabeza. Los otros escriben. Ella lo mira sin decir nada, examinándolo. El chico está asustado, pálido, parece que va a vomitar en cualquier momento. La maestra dice algo que ahora sí nadie entiende, pero que resulta en cierto modo musical. De pronto, el chico abre la boca y deja salir una densa nube de murciélagos, que chillan mientras escapan por la única ventana de la bodega, a unos seis metros del suelo. Frío. Después de eructar un par de veces y sobarse la barriga, pide disculpas y asegura que está bien, mirándonos con los ojos inyectados. Los demás aplauden y le ofrecen felicitaciones. Luego anotan en sus cuadernos a toda prisa. Mientras tanto, yo pienso que Rumanía quizá no sea un país tan triste para visitar en invierno después de todo. **Ψ**

LADOC

Vemos al público de frente. En la mesa, junto al agua embotellada, hay un enorme pez escarlata iluminado por una vela. Su escamosa filigrana es como un cofre del tesoro abierto en la oscuridad del recinto. Los asistentes miran en nuestra dirección y esperan. Por la posición de las ventanas y lo que a través de ellas se vislumbra, sabemos que estamos en un sótano. El tren afuera no se sabe si llega o si se marcha. Cerca del techo, un cardumen de peces dorados más pequeños nada tranquilamente. La irrupción de un orden distinto separa la realidad en dos. Nadie sabe de qué lado está, solo los peces dorados pasan de un lado al otro. Hay amenazas ahora que hasta hace un momento no había. ¿Qué hay del hombre asiático en el traje verde al que los grillos rodean como adorándolo? ¿o del tetrapléjico que silba en la primera fila? Notamos que alguien se acerca porque el silencio comienza a crecer desde el público hacia nosotros. Cuando está a punto de alcanzar la mesa, el agudo zumbido de un micrófono invisible lo rebana por la mitad. De entre las mitades se alza una voz que no proviene de ninguna parte. Nos habla desde dentro, serena, como si supiera la verdad. Nos resulta muy familiar por alguna extraña razón. Pregunta y pregunta. Nosotros sólo asentimos o negamos o torcemos la cabeza en respuesta, de modo aparentemente aleatorio. Nadie dice una sola palabra. Visto desde aquí, el efecto es magnífico, aunque no sabemos con exactitud dónde es *aquí*. **¶**